

Posciudades: transformaciones de las experiencias y estéticas de lo urbano desde la posmodernidad

Post-cities: Experience and Aesthetic Transformations from Urban Post-modernity

Esteban Dipaola (Argentina)

Conicet/Universidad de Buenos Aires

Doctor en Ciencias Sociales

estebanmdipaola@gmail.com

Resumen

El artículo propone indagar sobre las transformaciones de los significados de la ciudad y del espacio urbano ocurridos desde la década de 1960 hasta el presente, atendiendo en especial a la modificación de las experiencias y vivencias sensibles de las prácticas urbanas contemporáneas. Para esto se tienen en cuenta las condiciones históricas que alteraron los procesos económicos en el contexto capitalista

Abstract

This is a reflection article that suggests researching the transformations in the meaning of city and urban space from 1960 to now, specifically regarding the change in experiences of contemporary urban practices. In order to achieve this, we kept into account the historical conditions that altered economical processes within a capitalist context as well as their consequences regarding the experience and visuality of urban space. Therefore,

RECIBIDO: 5 de febrero de 2015
EVALUADO: 6 de abril de 2015
ACEPTADO: 17 de abril de 2015

PARA CITAR ESTE ARTÍCULO / TO CITE THIS ARTICLE
Dipaola, E. (2015). Posciudades: transformaciones de las experiencias y estéticas de lo urbano desde la posmodernidad. *Poliantea*, 11(20), pp.225-247.

y las consecuencias que ello tuvo para la experiencia y visualidad del espacio urbano. De esta forma, se establecen órdenes de visibilidad que permiten configurar, en un primer momento, a la ciudad como dispositivo estético que define sus experiencias a partir de los tránsitos, los pasajes y las relaciones que viven los individuos en ella. Y, en un segundo momento, la ciudad como artefacto tecnológico, mediante lo cual se conforma una práctica de gobernabilidad que permite administrar y adecuar las condiciones de lo urbano a los flujos de las experiencias posmodernas. En este sentido, lo que se conoce como "posciudad", en el contexto de las sociedades capitalistas globales de nuestra contemporaneidad, es lo que aquí se define como *ciudad sampler*, aludiendo con ello a las propiedades de retransmisión y significación permanente que las ciudades del presente tienen tanto de su patrimonio cultural e histórico y su pasado inmediato como de sus experiencias culturales y sociales más actuales.

Palabras clave: posciudad, flujos, visualidad, gobernabilidad, estéticas.

we established visibility orders that allow setting, from the beginning, the city as an aesthetical dispositive that defines experiences from the transitions, passages, and relationships of its inhabitants. We also considered a city as a technological tool used to define a governability practice that allows managing and adjusting urban conditions into flows of modern experiences. Therefore, what is known as "post-city" within the context of global capitalist societies nowadays is what is defined here as city sampler. This refers to the retransmission and permanent meaning properties that current cities have not only of their cultural heritage and immediate past, but also their current cultural and social experiences.

Keywords: post-city, flows, visuality, governability, aesthetic

Introducción

Desde mediados del siglo XX la ciudad ha desarrollado profundas transformaciones tanto en su arquitectura y diseño urbanístico como en las modalidades de realización cultural, social y política, que la concretan como espacio, lo cual ha permitido generar otros tipos de articulaciones de sociabilidad y de relación, al tiempo que expresó cambios en las prácticas, aproximaciones y, principalmente, en la mirada sobre la ciudad. Esa mirada sobre la ciudad que referimos adquirió otras formas de sensibilidad que posibilitaron novedosas visualidades del espacio urbano. En otros términos, la ciudad se hizo visible, y eso significó, entre otras cuestiones, una comprensión estética del espacio. En las formas visuales y estéticas como condensadoras de una organización de la experiencia de la ciudad en el mundo posmoderno o

contemporáneo centrará su principal interés este artículo.

Con anterioridad a estos cambios, el espacio urbano era principalmente concebido de acuerdo con su funcionalidad, lo cual significaba, a su vez, que la vida cotidiana era pensada funcionalmente en una estructura organizada y sostenida en una concepción institucionalista fuerte, que hacía de la ciudad una forma institucional más. La arquitectura, los espacios públicos, los ingresos y egresos conformaban una narrativa de tránsito y prácticas lineales y delimitadas, preestablecidas y rígidas, convenientes a formas de vida propias de la sociedad industrial.

A partir de las transformaciones sociales, políticas y culturales del capitalismo desde la década de 1960 en adelante, la percepción y actividad del espacio urbano se vio afectada y empezó a consignar múltiples cambios

que también afectaron las prácticas y los usos y tránsitos de la ciudad, en una transformación notable de la vida cotidiana.

Las transformaciones enumeradas organizan otras tramas narrativas y visuales de las ciudades contemporáneas. A tal respecto, Harvey (2008) conjuga las nuevas dinámicas del espacio urbano con las flexibilidades del capitalismo posfordista, que altera la economía, pero también el desarrollo social y cultural, incitando al ejercicio de una ciudad más híbrida y en transiciones permanentes.

En sintonía con ello, Ascher (2007) se encarga de reflexionar sobre los nuevos circuitos e interacciones que promueven las “ciudades reflexivas” propias del “capitalismo cognitivo”, que se desarrollan como un “hipertexto” que combina lo real y lo virtual del espacio urbano. Es decir, se trata de ciudades de redes y conexiones permanentes que flexibilizan los usos y las modalidades de comunicación entre sus lugares. En este sentido, para Ascher, así como también para Harvey, la ciudad se transforma en relación directa con las metamorfosis de la sociedad contemporánea. En definitiva, se asiste —como sugerimos antes— a una nueva dimensión visible del espacio urbano.

Esta forma visible de lo urbano desde hace algún tiempo es pensada sobre las características del espectáculo, las prácticas de consumos, los circuitos de las modas y, en fin, toda una novedosa circulación de la cultura y las imágenes que comenzaron a definir otras formas de lo urbano¹. En el caso particular de este artículo, se procura pensar la emergencia de lo *visible-urbano* sin desatender estas cuestiones necesarias y relevantes, pero focalizando en la aparición de la ciudad misma como dispositivo y como artefacto. El objetivo es comprender la transición histórica que la arquitectura del espacio urbano fue desarrollando hasta consagrarse este mismo como un particular artefacto técnico más. Sin dejar de ser un cambio de la mirada y, con ello, del régimen de visualidad, la ciudad como dispositivo y como artefacto permite pensar la transición entre lo

1 Cabe mencionar a Zygmunt Bauman (2008, 2013) como uno de los teóricos que piensan los consumos, las modas, el ocio, etcétera, en relación con las modificaciones de la sociedad y, con ellas, de la ciudad. También puede referirse a Featherstone (2000), quien propone entender el espacio urbano y la vida cotidiana que se experimenta bajo formas estetizadas. En última instancia, remito a mi artículo “La producción imaginaria de lo social” (2011), que concentra algunas de estas inquietudes.

material y lo inmaterial del espacio urbano contemporáneo².

Lo visible-urbano: la ciudad dispositivo

Una de las transformaciones concretas de la ciudad tanto en lo arquitectónico como en lo socioespacial, desde la segunda mitad del siglo XX, es la de constituirse y concebirse como un dispositivo. El uso de la ciudad y su apreciación dejó de ser simplemente funcional y se desplegó en distintas dimensiones. El trasfondo histórico-cultural se identifica con mutaciones en el patrón de acumulación del capitalismo, donde se traspaasa de un modelo de “acumulación rígida” propio de la sociedad industrial a otro de “acumulación flexible” (Harvey, 2008), característica fundamental del capitalismo tardío y su lógica cultural: la posmodernidad (Jameson, 2002).

Estas transformaciones brevemente indicadas produjeron alteraciones profundas en lo económico,

pero también abrieron lugar a cambios significativos en lo cultural. Al modificarse el modelo de acumulación, la transnacionalización del capital condujo a la aparición de espacios y lugares globales, que prontamente coligieron en “ciudades globales” (Mongin, 2006; Muñoz, 2008), lo cual, además, expresó cambios en las maneras de experimentar el espacio urbano por parte de los individuos entre sus relaciones. Las lógicas institucionales comenzaron a ceder y paulatinamente se fue generando el contexto de ciudades “postradicionales” (Honneth, 1997)³, es decir, ciudades en las cuales las prácticas y las experiencias que en ellas se realizan ya no están sostenidas en marcos regulativos institucionales rígidos, sino en condensaciones más flexibles y dinámicas (Dipaola, 2013), que inauguran formas de apreciación diferente del espacio urbano. Ese es el contexto a partir del cual es posible argumentar también una transformación del

2 En términos concretos de la práctica del urbanismo, Ascher (2007) define este mismo traspaaso como una transición desde el urbanismo, caracterizado principalmente en la dimensión del proyecto, hasta el neourbanismo, que reformula la condición de proyecto y la sustituye por la de diseño.

3 Específicamente Honneth postula el concepto de ‘ética postradicional’, precisamente para dar cuenta de sociedades cuyas prácticas y relaciones no están mediadas por las regulaciones características de las instituciones tradicionales. En ese sentido, nos permitimos la traslación del concepto para exponer la modalidad en que esa característica propia de las sociedades contemporáneas tiene su experiencia particular en el espacio urbano.

régimen de visibilidad de la ciudad, que hace posible una dimensión distinta de lo urbano. Esta alteración de la experiencia urbana puede ser entendida también de acuerdo con la idea de “deslocalización” (Ascher, 2007), en cuanto esta debilita las comunidades locales; es decir, aquella desregulación institucional hace aparecer problemas de cohesión social, la cual ya no puede ser pensada en un sentido sociológico clásico.

Entonces, la ciudad como dispositivo es la que propiamente ha visto reconfigurada sus lógicas habituales de representación urbana y arquitectónica, cediendo espacio a características estéticas. La noción de ‘dispositivo’ expresa la idea de modalidades múltiples de organización, tramas o disposiciones flexibles y móviles que no se definen desde la unidimensionalidad o cierta condición de clausura, sino que contienen la propiedad de variar de acuerdo con las condiciones del contexto o del estado de cosas. La ciudad como dispositivo es aquella que no puede ser cartografiada o representada en una geografía estable, sino que solo puede ser apropiada y conocida siendo “vivida” (García, 2008), lo cual, además, implica: modificada permanentemente en el curso de las prácticas de acción

que sobre el espacio y la experiencia se efectúan. En cierta medida, lo que Muñoz (2008) denomina la “ciudad multiplicada”:

Lo que llamo la ciudad multiplicada es el resultado de esa proliferación de formas urbanas híbridas en las que confluyen tres procesos simultáneos [...] en primer lugar, una nueva definición de la centralidad urbana y las funciones a ella asociadas. En segundo lugar, una multiplicación de los flujos y las formas de la movilidad en el territorio. Finalmente, la aparición de nuevas maneras de habitar tanto la ciudad como el territorio (p. 19).

Esta pluridimensionalidad de las prácticas sociales que recomponen otros modos de habitar la ciudad, de vivirla, de transitarla, se condicen con expresiones de individualización creciente, lo cual, de todos modos, no origina una fragmentación social. En la ciudad moderna avanzada y de individualización creciente, el individuo debe considerar siempre las posibilidades de elección y elegir permanentemente, circunstancia que provoca que los “grupos sociales de pertenencia” se vuelvan más flexibles, pero sin suprimir la vida social (Ascher, 2007).

Es necesario apreciar en este punto una diferenciación conceptual profunda con el concepto de ‘no lugares’ compuesto por Augé (2005). El autor entiende los “no lugares” como “espacios de anonimato” propios de la “sobremodernidad”, de circulación inestable y pasajeros que promueven una “contractualidad solitaria”. Carecen de interacciones y se caracterizan por una saturación de imágenes; ejemplos de ellos serían: los aeropuertos, los centros comerciales, las oficinas gubernamentales y administrativas, etcétera. Sin embargo, inscribir la concepción de “no lugar” oblitera que todo espacio indica conjunto y flujo de relaciones, y que esas relaciones actualmente se realicen de formas más dinámicas y flexibles no habilita la admisión de su constitución como “no lugar”. Más precisamente se trata de lugares abiertos, desplazados, móviles y que adquieren su condición normativa en la propia experiencia práctica de la interacción –siempre flexible– que establecen los individuos que de ellos participan.

Por todo ello, en la lógica del dispositivo, el lugar debe ser pensado como una combinación de lo visual y de lo espacial: el espacio empieza a definirse según adquiere modalidades de hacerse visible. En ese sentido,

se entiende que no responde a las lógicas habituales de su representación porque puede modificarse y diagramarse de maneras distintas de acuerdo con las formas de visibilidad que ocasionalmente asume.

Bourriaud (2010) denomina esta concepción como lo “radicante”, esto es: un estado de errancia que abre cursos y trayectos, que son modificados en el propio fluir de los recorridos. Se trata siempre de una apertura y de una condición estética:

Lo radicante implica de antemano una decisión nómada cuya característica principal sería la ocupación de estructuras existentes: aceptar ser el inquilino de las formas presentes, con el riesgo de modificarlas en mayor o menor medida. [...] El radicante es el habitante por excelencia de este imaginario de la precariedad espacial, perito en el desprendimiento de las pertenencias. Sin confundirse con ellas, responde de esta forma a las condiciones de vida provocadas directa o indirectamente por la globalización (pp. 63-64).

Se trata de una condición propia de lo que este autor llama “altermodernidad”, es decir, la expresión de un “caos cultural” desatado por la

globalización, los movimientos migratorios, la circulación de mercancías, los circuitos de los signos y las modas, la serialización multiplicada de productos novedosos y otras referencias que han alterado las modalidades de producción y asignación identitaria, las responsabilidades sociales y los lazos de solidaridad, así como las respuestas éticas.

Estas condiciones provocaron la emergencia de nuevas experiencias de socialidad configuradas a partir de sensibilidades y emocionalidades distintas respecto de aquellas que estructuraban los lazos de familia, amistad, amor, etcétera, en contextos históricamente precedentes. En otras palabras:

El tejido social constituido por los vínculos sociales contemporáneos cambia de textura. Está compuesto por múltiples “hilos”, muy finos, de todo tipo, que no le restan solidez sino que le confieren mucha más finura y elasticidad. Este tejido de fibras diversas es además social y culturalmente heterogéneo (Ascher, 2007, p. 41).

La perspectiva de Ascher, y que en este punto seguimos en su esencia, comprende que la multiplicación de los vínculos torna más flexible el

lazo social sin por ello imprimir condiciones de fragmentariedad. Revela a su vez una metamorfosis de los modos de institución de ese lazo social de carácter distinto de las tradicionales o clásicas, es decir, otro tipo de solidaridad para determinar la cohesión social:

Después de la “solidaridad mecánica” de la comunidad rural y de la “solidaridad orgánica” de la ciudad industrial, surge un tercer tipo de solidaridad, la solidaridad “conmutativa”, que relaciona a los individuos y organizaciones pertenecientes a muchas redes conectadas entre sí (p. 41)⁴.

Todo ello condujo también a una modificación concreta en la respuesta acerca del espacio urbano, pues ese “vagar cultural” (Bourriaud, 2009) se expresa en los regímenes de visualidad que hacen posible la emergencia de la ciudad-dispositivo. Las múltiples pertenencias culturales de los individuos en las sociedades de redes promueven desplazamientos constantes

4 En este sentido, el autor a su vez insiste con la idea de que es tarea de la democracia transformar esa solidaridad conmutativa de hecho, en una solidaridad “reflexiva”, que posibilite un estado de conciencia de la pertenencia a sistemas de intereses colectivos.

y organizan la narrativa de la ciudad como un “hipertexto” (Ascher, 2007).

En esta definición se compromete una dimensión estética, que no puede ser soslayada. Si se modifica el régimen de visibilidad de la ciudad, se alteran simultáneamente las narrativas, las imágenes y los imaginarios que sobre la ciudad fueron creados. Asimismo, las actividades cotidianas de los individuos que habitan y transitan los diferentes lugares de la ciudad también muestran nuevos modos de obrar y de participar en el espacio. De esta manera, se configuran diferentes expresividades y sensibilidades de orden estético que producen nuevos sentidos sobre la ciudad y sus lugares. La ciudad se concreta, así, como dispositivo estético y, en ese marco, puede argumentarse sobre la producción de nuevas topologías de lo urbano⁵. Una ciudad-dispositivo es una ciudad “hipertexto” —en el sentido de Ascher— justamente en este sentido de variación y diversificación

de los desplazamientos, de “radican-
cia” —para recuperar otra vez el término de Bourriaud—, de invención de los espacios y los lugares. La dinámica de la ciudad-dispositivo es la invención constante de lugares plurales que multiplican las interacciones. En ese sentido, es que recurrimos a la dimensión estética para reflexionar sobre la experiencia urbana de los tiempos presentes.

Esto es, el ordenamiento del espacio urbano visto desde la figura del dispositivo nunca es definitivo, pero, además, es desplegado en múltiples y variadas narrativas que constituyen la experiencia de los relatos sobre lo urbano en la contemporaneidad.

El anclaje en nociones, como la de territorio, urbanización, etcétera, no resulta posible actualmente si se desatienden las transformaciones históricas de la segunda mitad del siglo XX. La ciudad ya no es vivida de acuerdo con ese tipo de nociones espaciales, sino que ellas se combinan con las que aportan los imaginarios de las nuevas tecnologías y la era digital⁶.

5 Puede aludirse en este punto a la noción de ‘urbanismo infraestructural’ de Allen (2010), donde precisamente se busca comprender que las infraestructuras ya no se identifican con los proyectos de edificios concretos, sino con la creación de los propios lugares. De esta manera, las infraestructuras son flexibles y abiertas, y conformadas por la dinámica de los usos y los modos de intervención y apropiación de los espacios.

6 En este punto, Ascher (2007) entiende la ciudad en sus relaciones con lo que él denomina “capitalismo cognitivo” como fuerza primordial de las regulaciones sociales contemporáneas. Si bien la idea de “capitalismo cognitivo” concentra matices discutibles en cuanto no puede dar cuenta de nuevas condiciones de desigualdad social y se limita a

En la actualidad, una gran ciudad se rige mayormente por modalidades de indicación de un aparato tecnológico como el GPS y no por su estructura geográfica. Este cambio en la percepción del espacio responde a una nueva lógica de los dispositivos, que involucra de manera directa nuestras emociones, cuerpos y actividades sociales con la disposición y uso del espacio. Se producen, de este modo, otros tipos de narrativas sobre lo urbano, que determinan ese nuevo régimen de visibilidad al que se aludía.

La ciudad como dispositivo, atravesada por las experiencias de las nuevas tecnologías y el factor digital, se convierte en un espacio de movilidad que permite hacer y rehacer lugares, transitar entre flujos comprendiendo a cada instante experiencias diferentes del lugar. De este modo, el espacio deviene una narrativa en transición permanente, un juego de ramificaciones y entrecruzamientos. Según expone Harvey:

las que provienen de las desigualdades en los accesos a la información, el conocimiento y las nuevas tecnologías de comunicación, igualmente es importante la asociación que establece el autor, puesto que es útil para identificar relaciones inmateriales que ordenan la gobernanza de las ciudades actuales, como observaremos unos párrafos más adelante.

En este *collage* de imágenes espaciales superpuestas que hace implosión sobre nosotros, la identidad de lugar se convierte en un tema importante porque cada persona ocupa un lugar de individuación (un cuerpo, una habitación, una casa, una comunidad que la configura, una individuación), y la forma en que nos individuamos configura la identidad. Más aún, si nadie “conoce su lugar” en este mundo de *collages* cambiantes (2008, p. 334).

Esta dimensión del dispositivo, entonces, detalla experiencias visuales del lugar que posibilitan la congregación de imágenes de lo urbano. Toda una dinámica de prácticas, de instancias y experiencias de relación, que se evidencian como constitutivas de los lugares, la movilidad y los flujos y las distintas formas de transitar y apropiarse del lugar y de realizarlo como experiencia estética, es lo que despliega el *collage* desde el cual se visualizan las narrativas y las imágenes sobre las que definimos la experiencia vivida de los lugares y de las ciudades.

Frente a lo visual, la mirada sobre la ciudad está siempre situada sobre el flujo de imágenes e imaginarios que la frecuentan. Los objetos, las mercancías, las prácticas de consumo, las

redes y telecomunicaciones, los afectos y las sensibilidades producen que cada lugar esté en constante transformación y que las miradas no puedan definirlo en un único orden de visibilidad, sino que deban proyectarlo en toda la experiencia que demanda su heterogeneidad.

La ciudad es un dispositivo estético porque no representa su imagen o su signo, al contrario, posibilita la intervención de múltiples interpretaciones que la desligan de una definición única. La ciudad pierde su centro y sus coordenadas geográficas específicas, y se convierte en multipolar y abierta a una pluralidad de relatos y significaciones.

Lo visible urbano: la ciudad artefacto

Cuando se piensa y analiza la ciudad se atiende a sus componentes, sus objetos, sus lugares, su inscripción geográfica y territorial, su arquitectura, sus calles y pasajes. Pero al situarse la indagación sobre la experiencia de la ciudad, esas mismas condiciones se desplazan sobre otros matices y problemáticas. Considerando y comprendiendo a la ciudad como un dispositivo estético, es necesario preguntar acerca del modo de existencia

de ese tipo particular de dispositivo. De esta manera, resulta posible consignar todos los medios y usos de la ciudad en cuanto producciones de significados y explicar la ciudad bajo su condición de artefacto.

La propuesta es dar cuenta de las experiencias con las cuales en el contexto global y posmoderno, a lo largo de la historia desplegada durante la segunda mitad del siglo XX, el espacio urbano fue adquiriendo características propias de un artefacto técnico o tecnológico, lo cual significa que la ciudad no se representa en sus formas de funcionalidad y en el *habitus* que tales formas harían posible⁷, sino que asume expresión a través de la gestión de múltiples condensaciones de prácticas que se articulan en esa enorme tecnología de lo cotidiano que es la ciudad⁸.

7 Según Pierre Bourdieu (2010), por *habitus* debe entenderse el conjunto de características adquiridas y duraderas que conforman modalidades de actuar, sentir y pensar, y que a su vez hacen posible la estructuración de un campo tentativamente homogéneo. La multiplicidad y diversidad de la ciudad-artefacto implica diseminación y heterogeneidad, con lo cual la noción acuñada por Bourdieu, al menos en su acepción fuerte, queda inhabilitada para estas dinámicas del espacio urbano.

8 Ascher (2007) entiende que en el traspaso del urbanismo al neourbanismo se consolida una idea de gestión sintetizada en la fórmula "gestión estratégica urbana".

Dentro del marco postradicional que antes se mencionó, toda ciudad organiza ejercicios de control y de poder que en los últimos cincuenta años aproximadamente se han visto transformados, lo cual inaugura una nueva experiencia de lo urbano también en lo que respecta a su forma de gestión. Las ciudades tecnológicas no solo se ven modificadas por las intervenciones que distintos artefactos tecnológicos provocan en sus espacios y lugares, sino por múltiples tecnologías de la sensibilidad y de gobernabilidad que afectan los circuitos, prácticas y vivencias cotidianas de la ciudad. En este aspecto, la gobernabilidad implica la gestión de los flujos propios de lo urbano, pero también una adecuación constante a las experiencias que las ciudades despliegan como formas de producción de la realidad social y cultural sobre la que se inscriben. El territorio es así una construcción propia de la organización sociocultural y de las reglas normativas que allí se fundan (Foucault, 2008).

Por esto, al reflexionar y definir la ciudad como artefacto y, en especial, como artefacto tecnológico, se está proponiendo otro “orden de visibilidad” (Foucault, 2002), que es propio de la era posmoderna y que indica una desdiferenciación de las

funciones y premisas que organizan lo urbano. El espacio urbano como totalidad se experimenta como un artefacto con las particularidades propias de un objeto técnico. Se posibilita así la experiencia de una completa tecnología de la ciudad, que no solo produce el devenir múltiple de lo urbano, la disposición de sus tránsitos de acuerdo con experiencias y ejercicios determinados, la flexibilidad en sus usos y especificaciones de significados, el despliegue de sus flujos, mercancías, modas, consumos, etcétera, sino que también conduce la administración de todo ello con la lógica de presentarse como una gran tecnología de codificación de las dispersiones.

En cierta manera, aquello que en la lógica de la ciudad-dispositivo aparece como estetizante y expresa las tramas de una multiplicidad de relatos que no pueden centrarse ni unificarse bajo la determinación de la ciudad artefacto es compuesto en series de códigos y en la administración de flujos, que es lo que en definitiva posibilita el ejercicio común de la vida cotidiana. La lógica de la ciudad artefacto es la administración del devenir, de los flujos y de los tránsitos que se despliegan mediante las transicionales prácticas y experiencias de lo urbano.

Ahora bien, lo que aquí se argumenta es que el artefacto es una estructura de adecuación a la experiencia de la ciudad. Si en las ciudades tradicionales, propias del capitalismo fabril en su era de acumulación rígida y producción en serie, la racionalidad primaba en la definición y disposición arquitectónica y urbanística del espacio, debido a una organización social característica del Estado benefactor, sustentada en principios de regulación institucional, con centralidad gubernamental y experiencias predefinidas de lo urbano: las propias reglas institucionales ordenadas en la familia, la educación, el trabajo, etcétera, determinaban el campo de acción y circulación sobre el espacio urbano y condicionaban una racionalidad específica y funcional a la condición particular de esa experiencia de vida. En cambio, en lo que llamamos ciudades postradicionales, tales condicionamientos de origen institucional no conservan la misma rigidez y en la forma flexible que prestan actualmente posibilitan una dinamización de los vínculos sociales y culturales, que expresan y potencian maneras distintas de regulación del espacio

urbano⁹. Se consolida, de esta manera, un nuevo “derecho a la ciudad” comprendido como la suma de un derecho a la vivienda y el derecho a la vida social (Donzelot, 2012). En ese aspecto, Ascher (2007) se refiere a una “tercera revolución urbana” y expresa lo siguiente:

La tercera revolución urbana no da lugar entonces a una ciudad virtual, inmóvil e introvertida, sino a una ciudad que se mueve y se comunica, que parte de nuevos compromisos entre los desplazamientos de personas, bienes e información, animada por acontecimientos en los que hay que estar presente, y en la que la calidad de los lugares despierta todos los sentidos, tacto, gusto y olfato incluidos (p. 60)¹⁰.

9 Podemos remitir al análisis de estas transformaciones que realiza Soja: “Lo que le ha sucedido a la geografía política del mundo en el último tercio del siglo XX, puede ser descrito tal vez como una apertura del imaginario político y de la esfera material de las posibilidades políticas a “otros” espacios y escalas de gobernabilidad y filiación, una apertura provocada por un radical cambio de sentido en la historia del poder y del control soberano de los Estados nación centrales sobre la identidad territorial, la autoridad y los mercados. Ciertamente, el control nacional sobre estas tres esferas territoriales no ha desaparecido, pero también es verdad que dicho control ha experimentado una importante reestructuración” (2008, p. 295).

10 También Soja (2008) entiende que no debe hablarse de modernidades, sino de moderni-

Entonces la ciudad artefacto es gubernamental porque organiza la multiplicidad de la experiencia sobre lo urbano bajo instancias no trascendentes ni previas de normativización e institucionalidad, sino en la propia práctica de los tránsitos y pasajes que orientan la vida en la ciudad.

Cuando se impone, por ejemplo, un concepto como el de 'ciudad vivida' (García, 2008), justamente se busca atender a este tipo de situación, en el cual las ciudades globales deben adecuarse a formas transitorias y ocasionales de experimentar lo urbano, que se modifican permanentemente y que despliegan siempre otros tipos de experiencias que diagraman un devenir constante e insistente de la ciudad. Así, la ciudad es experiencia de vidas y acciones entre individuos; y la condición de artefacto se presenta como una gestión del devenir inmanente de lo urbano en el capitalismo global. Cabe a esta dimensión una definición similar a la que ofrece Simondon (2008) para los "objetos técnicos": "El objeto técnico es aquello

zaciones y en ese contexto hace referencia a la tercera revolución urbana. Entonces, la condición de las metamorfosis de lo urbano se instituye en ese proceso de modernizaciones.

que no es anterior a su devenir, sino que está presente en cada etapa de ese devenir; el objeto técnico uno es unidad de devenir" (p. 42). En síntesis, de manera similar al objeto técnico, la ciudad es parte de toda una tecnología de administración y producción¹¹.

Entonces, la arquitectura, los pasajes, los espacios públicos y los privados, las calles y sus señales, juntamente con las modas, los signos, las imágenes, etcétera, conforman experiencias de lo urbano que consagran flexibles normativas de la ciudad. El conjunto de estas cosas, sumado al ejercicio de la gestión y administración, es decir, aquello que, en consonancia con Foucault, hemos definido como "governabilidad", consignan a la ciudad como artefacto y organizan, a su vez, el orden de visibilidad de este tipo de ciudades y de sus experiencias.

Ciudad-sampler: multipolaridad y flujos de las ciudades en la globalización

11 Por ejemplo, Mongin (2006) se refiere explícitamente a la "administración de flujos" en las "posciudades". Este autor plantea "la tercera mundialización" como la etapa concreta de aparición de estas posciudades caracterizadas por el fluir permanente y la movilidad.

En su transición y desarrollo histórico, las ciudades han cambiado sus condiciones de vida, su geografía, sus formas de comercio, sus prácticas culturales, etcétera, y también, en términos generales, han sufrido la modificación de su experiencia y proyectos y usos. De la ciudad racional y funcional acorde con modos institucionales de organización de la vida y de la política poblacional, se ha derivado desde la década de 1960 en adelante a ciudades multipolares, sin espacios y definiciones geográficas precisas, expuestas a las formas de comercio y de distribución de las mercancías, las modas, los objetos, las personas, etcétera, propias de la globalización y transnacionalización del capital. En cierta manera, puede pensarse un traspaso a un tipo de “ciudad reflexiva”, que es propia del “capitalismo cognitivo” y que se expresa en el contexto de “sociedades del riesgo” (Ascher, 2007)¹².

12 La categoría de “sociedades del riesgo” y de “modernidad reflexiva” proviene de la sociología contemporánea, en especial de Ulrich Beck la primera y de Anthony Giddens la segunda, aunque ambas definiciones son empleadas por distintos autores. Las sociedades del riesgo se destacan por ser individualizadas y porque la solidaridad se establece como regulación de las incertidumbres. El proyecto individual de estas sociedades se vehiculiza en una constricción a definir las biografías subjetivas sin el sostén de los patrones institucionales propios de las socie-

En los apartados anteriores, se propuso analizar tales condiciones en el contexto de las definiciones que introducen la noción de ‘ciudad-dispositivo’, comprendiendo en ello la experiencia estética derivada de la concepción posmoderna de lo urbano; y la noción de “ciudad-artefacto” para dar cuenta de las modalidades de regulación, gestión y administración tecnológica que se inauguran a partir de la emergencia de este tipo de ciudades multipolares y abiertas a los flujos globales.

En este punto resulta importante articular esas posiciones y definiciones procurando presentar de manera más concreta el tipo de ciudad y de experiencia urbana que ha surgido a partir de las transformaciones del capitalismo desde la década de 1960 hasta la fecha.

Cuando se piensa en las características de multipolaridad y de un devenir permanente de flujos, o también cuando se analiza la ciudad desde la experiencia de las prácticas sociales y culturales y desde los tránsitos que modifican transicionalmente los modos de visualizar y comprender lo urbano, aparece la dimensión de lo que

dades industriales y del Estado benefactor (Beck, 2006).

es posible denominar con la idea de 'ciudad-sampler'. La ciudad-sampler es la que se define mediante tránsitos, flujos y alteraciones. Es una ciudad de retransmisión permanente de sus experiencias. Vivencias urbanas expresadas en la redefinición asidua de códigos de identificación, una composición de lo urbano acorde con un devenir de experiencias signado por "identidades flexibles" y "comunidades dinámicas" (Dipaola, 2013). Un espacio y lugares inventados a partir de la transcodificación, donde "los campos sociales de interacción para los individuos son diferentes y siempre estructurados por redes. Los individuos, ante ello, efectúan un "code switching", es decir, traspasan de un código a otro constantemente" (Ascher, 2007, p. 43).

Si bien en la ciudad-sampler las distintas experiencias y prácticas de los individuos que la habitan, al pensarse en sus relaciones, pueden ser vistas a la manera de lo que es un *loop* en la música, no puede dejar de atenderse a una cuestión fundamental, y es que el *loop* habilita la no presencia de un centro. Frente a tal ausencia de centro, el *loop*, que en apariencia es solo repetición, se vuelve una alteración continua de sentido. En las ciudades multipolares, se vuelve

característica esencial la disposición de efectos de sampleo, que se ejecutan y repiten en espacios diferentes, por lo cual no pueden ser pensados como idénticos¹³. Experiencias y prácticas similares son retransmitidas de un barrio a otro, objetos y mercancías circulan entre zonas diferentes del entramado urbano, ferias, agrupamientos de jóvenes, oferta de sexo, espectáculos, recitales de música y otras prácticas ocasionales se repiten y dispersan por diferentes lugares de la ciudad. De esa manera, todo un sampleo urbano expresa la flexibilidad del territorio: no solo que ya no es posible definir un centro, sino que, además, no pueden precisarse las coordenadas geográficas que delimitan un lugar, barrio o territorio. Todo empieza a definirse según el modo en que los individuos transitan y experimentan o vivencian tales espacios.

13 En buena medida nuestra referencia a la ciudad-sampler puede asemejarse a la noción de Allen (2008) de 'condiciones de campo'. Sin negar el evidente parentesco de las categorías, la indicación de Allen se dirige mayormente a enseñar el carácter no neutral, inestable y "abierto a la improvisación" de la arquitectura y sus diseños. En cambio, nuestro énfasis es en la noción de repetición como *ritmo*, es decir, pensar los lugares por sus dinámicas de tránsitos y de usos, por sus dimensiones estéticas, que definen experiencias de los lugares y expresiones visuales de los mismos y de las ciudades. Por eso el *loop* como insistencia rítmica para suscribir esta idea de ciudad-sampler.

Por esto, lo que entendemos como “lo urbano” es un registro permanente de efectos que disponen la alteración sobre la que se constituye la experiencia y el imaginario de un lugar.

En la Ciudad Autónoma de Buenos Aires de la República Argentina, un ejemplo concreto y característico del modo *sampler* es el barrio de Palermo¹⁴, en el que se conjugan turismo extranjero, mercancías globales, circulación y consumo, ferias artesanales, oferta sexual, gastronómica, de indumentaria y diseño, etcétera, espectáculos al aire libre, teatros y bares nocturnos, espacios públicos y recreativos y lugares de concentración y compras como *shoppings*, hipermercados, etcétera. Se define en todo ello una producción múltiple de sentidos y de experiencias que se entrecruzan y que organizan distintas formas de intervención y de visualización de la ciudad, dando lugar a una pluralidad

de experiencias. Esos flujos pueden, en definitiva, pensarse como efectos de *samplers* que organizan un particular ritmo del espacio urbano¹⁵.

De la misma manera y como efectos *sampler* puede observarse una ciudad como Tokio en Japón. Ahí, los dispositivos tecnológicos ocupan y definen el espacio público, organizando de ese modo los lenguajes y los usos de la ciudad. La ciudad entre imágenes y pantallas es mirada con la condición de la retransmisión permanente. En Tokio, el efecto *sampler* es la repetición o el *loop* de una visualidad de todo.

Esta dimensión de ciudad-sampler posibilita comprender la gestión de la dispersión que elaboramos. Por un lado, la ciudad dispositivo expone las formas estéticas sobre las cuales el espacio urbano despliega múltiples características y expresa su pluralidad descentrada de relatos. Por otro lado, la ciudad-artefacto organiza esa dispersión y multiplicidad a partir de ejercicios de administración, que se

14 Barrio que tradicional y geográficamente se encuentra al norte de la ciudad, pero que como signo se ha diseminado extendiéndose a otros barrios de la capital federal del país. Así algunas zonas de Palermo adquieren nominaciones como Palermo Hollywood, Palermo Queens o Palermo Freud (en la zona barrial que se concentran muchos consultorios de psicoanalistas); pero además otros barrios de la ciudad como Villa Crespo, Chacarita o Almagro han sido colonizados por el signo Palermo y zonas de tales barrios empiezan a ser denominados bajo la égida del concepto ‘Palermo’.

15 Más allá de esta caracterización del barrio de Palermo, la ciudad de Buenos Aires puede ser definida, siguiendo a Muñoz (2008), como una “ciudad cuarteada”, es decir, segmentada por las fracturas sociales que evidencian sus tramas urbanas. Así la cartografía de la ciudad de Buenos Aires se dibuja entre líneas discontinuas que ponen de relieve las fisuras de la comunidad.

relacionan con la gobernabilidad en cuanto propician adecuaciones a las experiencias que se despliegan entre las prácticas y los sentidos de lo urbano. Así, la ciudad-sampler es la que se organiza entre los múltiples efectos de las experiencias y prácticas urbanas, que imponen ritmos de conocimiento y comprensión del espacio y los lugares. Una ciudad de múltiples efectos retransmitidos bajo la lógica de una repetición, pero siempre en contextos diferentes. También, asociando las perspectivas y transformaciones del espacio urbano a las condiciones de la globalización y la posmodernidad, Soja (2008) piensa estas condiciones desde su concepto de “posmetrópolis”:

Las prácticas de la vida diaria, el dominio público del planeamiento y del gobierno, la formación de la comunidad urbana y de la sociedad civil, los procesos de desarrollo y cambio económico urbano y regional, el ámbito de las políticas urbanas, la constitución del imaginario urbano y la forma en que la “ciudad” es representada, todas están cada vez más afectadas por las influencias y las obligaciones globales, reduciendo

de forma significativa lo que podría llamarse autonomía conceptual de lo urbano. La desaparición de los límites de la metrópolis, su expansión en ámbito y escala, en resumen, el incremento de la globalidad, es una característica central de la transición postmetropolitana (pp. 313-314).

En ese sentido, también se explica que la ciudad posmoderna esté conferida a órdenes de visibilidad. Lo visible urbano se relaciona con las experiencias vividas sobre la ciudad y con el consumo, las imágenes, las modas, las publicidades, etcétera, que en ella se despliegan, y también, como se observó, con el ejercicio de gobernabilidad de la ciudad, es decir, con el modo en que las ciudades se han ido convirtiendo en artefactos tecnológicos capaces de producir cuerpos, afectos, emociones, ciudadanos, etcétera. En lo que definimos como ciudad-sampler, el orden de visibilidad enseña la conjunción de ambos aspectos: la experiencia estética del dispositivo y la organización tecnológica del artefacto, es decir, la retransmisión administrada de experiencias que alteran permanentemente los significados mediante

los cuales los individuos vivencian y practican social y culturalmente el espacio urbano.

Ciudad-sampler e historia: el pasado como mercancía

Si se propone la idea de retransmisión, en parte, se está hablando del pasado, de aquello que proviene de una historia de la ciudad. La experiencia vivida de las ciudades también se realiza a partir de las herencias históricas; sin embargo, en las ciudades globales, el patrimonio histórico y el discurso histórico sobre la ciudad ha sido convertido en mercancía. El *sampleo*, entonces, también se percibe en las diferentes maneras desde las cuales la historia y la memoria de la ciudad es posible¹⁶. El patrimonio histórico de calles, edificios, monumentos, se constituye en paisaje singular del espacio urbano y son presentados como mercancías y paseos para el turismo global.

En esa condición, la ciudad otra vez se hace presente como dispositivo estético, puesto que genera condiciones de posibilidad para producir sus imágenes en las miradas de un

turismo que anhela la novedad y la tradición al mismo tiempo. El imaginario de la ciudad y de sus barrios se organiza bajo la órbita de ese tipo de dispositivo que hace de la referencia histórica un capital de consumo insoslayable.

Simultáneamente, se efectúa ese otro orden de visibilidad que es la ciudad-artefacto, donde las experiencias que se hacen presente sobre las marcas de la tradición y la historia son reguladas de acuerdo con condiciones específicas del tiempo actual. Así se conciben espacios como *shoppings* en viejos mercados de abasto, que conjugan alteraciones compuestas de estructuras y fachadas antiguas con la modernidad interior, que se planifica o diseña de acuerdo con expectativas de uso del espacio diferenciadas. Se construyen hipermodernos edificios y locales comerciales en viejos galpones de puertos, que combinan funcionalidades propias del acopio y la estabilidad con dinámicas de espacios provistos de constante circulación y exteriorización de sus interiores¹⁷.

16 Aquí aprovechamos la condición de “repetición” que sustenta la idea de *sampleo*, para imponer un paralelismo entre este y la memoria. Pues una de las posibles definiciones de la noción de ‘memoria’ es la que la inscribe como *repetición* de algo olvidado.

17 Dice Muñoz: “El proyecto de renovación urbana en Puerto Madero [ciudad de Buenos Aires, Argentina] se inscribe dentro de las claves del rescate de la ciudad histórica. [...] La retórica historicista ocupa un papel importante en el planteamiento de la intervención. [...] La recuperación del puerto como

La ciudad artefacto enseña, así, su capacidad para gestionar también la historia patrimonial de las ciudades de acuerdo con los requerimientos del capitalismo contemporáneo y de sus lógicas mercantiles y culturales e ideológicas posmodernas. La ciudad artefacto se guía por una correlación con los usos del espacio urbano y la consecuente definición de los lugares, y eso es lo que alguien como Ascher entiende por “neourbanismo” en contraposición con la racionalización funcional de la tradición del urbanismo. Dice:

El neourbanismo integra modelos nuevos de productividad y de gestión, aportaciones de las ciencias de la organización, las tecnologías de la información y la comunicación; no intenta simplificar realidades complicadas, sino que se esfuerza por conjugar territorios y situaciones complejos. Los resultados e incluso su duración se obtienen más bien por la variedad, la flexibilidad y la capacidad de reacción (2007, p. 75).

escenario urbano se vestía así con elementos histórico-identitarios que asimilaban la operación a una solución de continuidad entre un pasado idealizado y un presente que empezaba ya a verse agitado por la maquinaria urbana especulativa” (2008, p. 141).

Entonces, la concepción de la ciudad-artefacto, como gestión y gobernabilidad de la experiencia urbana contemporánea, se alimenta de las interpretaciones acerca de las transformaciones del urbanismo y la aparición de las lógicas del diseño del espacio de los últimos años del siglo XX.

Se percibe todavía más, con esto, la dimensión *sampler* que también organiza este modo de la ciudad. La historia es retransmisión en contextos de uso, de apropiación y de circulación diferentes respecto de su proyección original. Por ello, la ciudad-museo cede frente a este nuevo orden de visibilidad, que no pretende mostrar el patrimonio histórico propiamente dicho, sino sus efectos, retransmisiones y disposiciones nuevas en el ámbito cultural contemporáneo.

Conclusiones: los orígenes de la posciudad

Estas ciudades globales caracterizadas por los flujos y las múltiples experiencias que hacen posibles sus distintos relatos y órdenes de visibilidad pueden ser comprendidas como “posciudades” (Mongin, 2006). Es evidente por lo expuesto en el presente artículo que esta idea confluye con

transformaciones profundas en los patrones de acumulación económica del capitalismo y sus respectivos cambios en lo cultural y lo social. Otras lógicas de relaciones entre individuos fueron plasmando diferentes tipos de experiencias y de vivencias sobre el espacio urbano, que modificaron la vida dentro de este. Asumir la idea de posciudad, entonces, determina a vislumbrar una transición histórica, en la cual el paisaje arquitectónico y el diseño y desarrollo urbano de las ciudades se ha visto modificado, pero no atendiendo solo a su estructura edilicia, sino, más contundentemente, a sus significados y visibilidades. Se ha transfigurado singularmente la mirada sobre lo urbano y, con ello, lo que vemos de la ciudad. Actualmente, los individuos que transitan y viven las ciudades lo hacen a partir de redes de información, tecnologías, prácticas, etcétera, que producen otros tipos de experiencias, incluso sobre espacios y lugares que en términos estructurales quizá no sufrieron demasiadas modificaciones respecto de años anteriores. Sin embargo, el lazo que los ciudadanos, turistas, etcétera, proponen con esos espacios produce signos e interpretaciones claramente diferentes de las que existían. Es manifiesto si percibimos que en la

actualidad uno puede a través del uso de la tecnología y de redes sociales en internet indicar de manera instantánea el lugar en el que se encuentra y transmitir qué emociones le produce el hecho de estar ahí presente. En estos “hiperespacios”, entonces se entremezclan lo real con lo virtual y lo íntimo con lo social (Ascher, 2007).

La ciudad como dispositivo y la ciudad como artefacto son, entonces, la condición presente sobre la que puede explicarse la transformación de los significados histórico-culturales de la ciudad desde la década de 1960 en adelante.

La posciudad se verifica como una tecnología adecuada a los intereses del capitalismo posmoderno en lo económico, pero también en lo social y en lo cultural, puesto que, al no responder a los principios normativos e institucionales de las ciudades de la primera mitad del siglo anterior, es decir, de la sociedad industrial, se convierte en un espacio con capacidad de posibilitar y a la vez administrar la multiplicidad de significados y experiencias que dinamizan los vínculos sociales en el espacio urbano contemporáneo.

La ciudad y el espacio se confirman, entonces, como una estética expresiva (y no representativa), es decir,

un devenir inmanente de producciones de la experiencia y de los lugares. En cuanto espacio es normativizante, pero no es de ningún modo trascendental ni representativo. No se define de acuerdo con una exterioridad que se hace presente en el orden de un fundamento. La ciudad es vivida como experiencia en la circulación permanente. Se trata de tránsitos y pasajes donde se gestan relaciones (García, 2008).

En síntesis, la posciudad es un dispositivo de producción de significados y, al tiempo, un artefacto tecnológico, que posibilita la administración de esos significados. En la posciudad tanto las tradiciones y referencias históricas como las experiencias y vivencias presentes ingresan en circuitos de flujos que, de idéntico modo que los efectos producidos por sampleos, generan entrecruzamientos y repeticiones que adquieren significados y sentidos distintos, según el curso de acontecimientos y el orden de visualidad sobre el que se dispongan.

Referencias bibliográficas

Allen, S. (2010). Urbanismo infraestructural". En G. García (ed.), *De lo dinámico a lo termodinámico. Por una definición energética de la arquitectura*

y del territorio. Barcelona: Gustavo Gili.

Ascher, F. (2007). *Los nuevos principios del urbanismo*. Madrid: Alianza.

Augé, M. (2005). *Los no lugares. Espacios del anonimato*. Barcelona: Gedisa.

Bauman, Z. (2008). *Vida de consumo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Bauman, Z. (2013). *La cultura en el mundo de la modernidad líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Beck, U. (2006). *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós.

Bourdieu, P. (2010). *El sentido social del gusto. Elementos para una sociología de la cultura*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Bourriaud, N. (2009). *Radicante*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora.

Dipaola, E. (2013). *Comunidad impropia. Estéticas posmodernas del lazo social*. Buenos Aires: Letra viva.

Dipaola, E. (2011). La producción imaginaria de lo social: imágenes y

- estetización en las sociedades contemporáneas. *Cadernos Zygmunt Bauman*, 1(1), 68-84.
- Donzelot, J. (2012). *¿Hacia una ciudadanía urbana? La ciudad y la igualdad de oportunidades*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Featherstone, M. (2000). *Cultura de consumo y posmodernismo*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Foucault, M. (2008). *Seguridad, territorio y población*. Buenos Aires: FCE.
- Foucault, M. (2002). *La arqueología del saber*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- García Vázquez, C. (2008). *Ciudad hojaldre. Visiones urbanas del siglo XXI*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Harvey, D. (2008). *La condición de la posmodernidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Honneth, A. (1997). *La lucha por el reconocimiento. Por una gramática de los conflictos sociales*. Barcelona: Grijalbo.
- Jameson, F. (2002). *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*. Buenos Aires: Paidós.
- Mongin, O. (2006). *La condición urbana. La ciudad a la hora de la mundialización*. Buenos Aires: Paidós.
- Muñoz, F. (2008). *Urbanalización. Paisajes comunes, lugares globales*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Simondon, G. (2008). *El modo de existencia de los objetos técnicos*. Buenos Aires: Prometeo.
- Soja, E. (2008). *Postmetrópolis. Estudios críticos sobre las ciudades y las regiones*. Madrid: Traficante de sueños.